

Col·loqui sobre Autoetnografies. MARC - Universitat Rovira i Virgili, Tarragona (Spain), 2016.

**AUTOETNOGRAFIAS Y LIMITACIONES
EPISTEMOLÓGICAS: Narrativas personales en un
contexto de investigación cualitativa en Antropología
Médica. (AUTOETHNOGRAPHIES AND
EPISTEMOLOGICAL LIMITATIONS: Self narratives in a
context of qualitative research on Medical
Anthropology).**

Esteve Blanch, J.

Cita:

Esteve Blanch, J. (2016). *AUTOETNOGRAFIAS Y LIMITACIONES EPISTEMOLÓGICAS: Narrativas personales en un contexto de investigación cualitativa en Antropología Médica. (AUTOETHNOGRAPHIES AND EPISTEMOLOGICAL LIMITATIONS: Self narratives in a context of qualitative research on Medical Anthropology).* Col·loqui sobre Autoetnografies. MARC - Universitat Rovira i Virgili, Tarragona (Spain).

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/jaume.esteve.blanch/7>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pUko/4nk>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

AUTOETNOGRAFIAS Y LIMITACIONES EPISTEMOLÓGICAS:
Narrativas personales en un contexto de investigación cualitativa en
Antropología Médica.

**AUTOETHNOGRAPHIES AND EPISTEMOLOGICAL
LIMITATIONS: Self-narratives in a context of qualitative research on
Medical Anthropology.**

Jaume Esteve Blanch

Doctor en Antropología Social

Resumen

En ocasiones las investigaciones antropológicas se presentan en forma de narrativas en primera persona como experiencias del autor y se categorizan como Autoetnografías. En el ámbito concreto de la Antropología Médica, dichas experiencias suelen serlo dentro de procesos de “salud–enfermedad–atención”.

El presente artículo parte de una presentación en el I Coloquio Internacional de Autoetnografía (URV-MARC, 2015). En él se recoge la experiencia del autor narrada en su Tesis Doctoral y contextualizada en el ámbito de las drogodependencias y pretende ser una reflexión crítica acerca de las limitaciones epistemológicas de dicha modalidad etnográfica, donde los aspectos de privacidad de la autoría, junto con las tensiones Emic-Etic, pueden representar potenciales limitaciones sobre su objetividad.

Palabras clave: Autoetnografía, drogodependencias, Epistemología, Objetividad, Privacidad.

Abstract

Sometimes, anthropological research is presented in the form of first-person narratives as author's personal experiences and are categorized as Autoethnographies. In the specific field of Medical Anthropology, such experiences use to be within "health-disease-care" processes.

This article is based on a presentation at the I Symposium International of Autoethnography (URV-MARC, 2015). It brings the experience of the author narrated in his Doctoral thesis, contextualized in the field of drug addictions, and is intended to be a critical reflection about the epistemological limitations of that way of ethnographies, where aspects of authorship's privacy, together with tensions Emic-Etic, may represent potential limitations on its objectivity.

Key-words: Autoethnography, Drug Addictions, Epistemology, Objectivity, Privacy.

INTRODUCCIÓN

Los antecedentes de este artículo cabe situarlos en la metodología utilizada en el proceso de elaboración de la tesis doctoral del autor (Esteve, 2013), trabajo basado en los procesos de deshabituación del alcohol dentro de dos ámbitos terapéuticos: Alcohólicos Anónimos (categorizado dentro de los métodos espiritualistas) y los centros CAS (biomédicos).¹ Dichos ámbitos fueron mayoritariamente estudiados, a través de una densa implicación personal, dentro de grupos terapéuticos en la ciudad de Barcelona. La tesis mencionada fue presentada bajo un formato autoetnográfico. Este artículo pretende ser una reflexión crítica sobre las limitaciones que pueda plantear dicho género etnográfico dentro de los procesos de conocimiento y, especialmente, en lo que concierne a la objetividad de los mismos en un contexto como el mencionado, es decir, en el ámbito de las drogodependencias.

A pesar del que el componente autoetnográfico está presente, en grados diversos, en la mayoría de etnografías, en la medida en que la percepción y conclusiones no dejan de pasar por la presencia del etnógrafo y los filtros indudables de la autoría de las mismas, entendemos que, *sensu stricto*, hablamos de autoetnografía cuando el *corpus*, los significados y las conclusiones, así como su resultado final —concretándose, en este caso, en alcanzar o no una deshabituación en el consumo de sustancias—, son vividas y experimentadas en primera persona por el autor o autora, como sujeto implicado directa e íntimamente en la materia que se investiga.

Paralelamente a la conformación y redacción final de la tesis apuntada, se estableció un proceso paralelo de evaluación —de autoevaluación de hecho—, donde se fueron analizando críticamente, y asumiéndose paulatinamente, algunas de las principales limitaciones del método autoetnográfico. La consideración de esas posibles limitaciones será la materia que

¹ Centros de Atención y Seguimiento, dependientes del Área de Salud (Municipal y Autonómica), donde se atienden casos de drogodependencias dentro de programas multidisciplinarios de deshabituación de sustancias. La metodología y organización reflejada en la tesis mencionada está referida a su realidad en Cataluña.

vertebrará el presente artículo, referida al ámbito de las drogodependencias en general, aunque extensible a cualquier análisis autoetnográfico.

A efectos de delimitar los espacios concretos donde incidiremos en la eventual crítica de dicha modalidad etnográfica, hemos establecido varios espacios conceptuales, a cuyo fin nos hemos apoyado en determinadas obras sobradamente conocidas en el ámbito de las Ciencias Sociales, a las que añadiremos ciertos señalamientos de la tesis doctoral del autor (Esteve, *ib.*) Resumimos dichos espacios, quizá anticipándonos, en ciertos aspectos, a algunas de las conclusiones del artículo: a) el empirismo y la falsabilidad, constituyen una problemática reiteradamente discutida en las investigaciones, sean éstas sociales o de otros ámbitos del conocimiento (Popper, 1985). Algo parecido se puede afirmar en relación a los condicionantes teóricos de los paradigmas científicos en un lugar y en un tiempo determinado (Kuhn, 1986) los cuales, en este caso, quedarían subsumidos en un quizá ambiguamente llamado “paradigma personal”, como lugar a través del cual pensar y elaborar la autoetnografía; b) el componente personal del “autor como etnógrafo”, parafraseando a Clifford Geertz, introduce una importante carga de textualización subjetiva así como un riesgo de sobreactuación narrativa (Geertz, 1989) donde el «yo testifical» puede sobreponderar y hegemonizar un discurso que, idealmente, debería ser diverso; c) las dinámicas de interacción personal —dadas las características singulares de los procesos de deshabitación grupal del consumo de sustancias— conllevan un riesgo de *feelings* diversos que puede afectar, principalmente, a la genuinidad de las narrativas. Estas narrativas, siendo idealmente personales, no dejan de tener el riesgo de presentar sesgos culturales, étnicos e ideológicos, derivados de los lugares y culturas personales o grupales donde se produce el proceso estudiado y se elabora la narración subsiguiente. Todo ello puede tener un impacto en la objetividad de la investigación y en los contenidos narrativos que siempre deberían considerarse a título de visión personal, aunque mediatizada por los aspectos citados (Menéndez, 2002); d) La universalización del estudio, y más concretamente de sus conclusiones, integran un posibilismo metodológico a partir de unos lugares, unos actores y unas culturas. Siempre puede existir la duda de cuál sería la realidad con distintas configuraciones de dichos elementos, donde ciertos mecanismos de salvaguardia de la privacidad, tanto del autor como de lo que configura el mundo contextual de narrativas estudiado, pueden desplegar un velo difuso, prudente y protector sobre actuaciones y voluntades (Goffman, 2008). La posibilidad de aquella universalización junto con la genuinidad de las propias narrativas, se demuestra, en algunas de las situaciones planteadas, francamente problemática.

Los apartados que siguen plantearán más bien un juego de interrogantes —al hilo de lo anticipado anteriormente— que un cúmulo de enunciados al uso, dentro de un trabajo que, reiteramos, se pretende crítico con una forma de producción de conocimiento sobre la que, pese a ser una vieja conocida del autor por constituir una experiencia directa, intentaremos mantener una prudente distancia analítica.

«FACTS AND FIGURES» ... ¿SOLAMENTE?

Suele ser útil, en aras de una pretendida y siempre huidiza objetividad, utilizar algunas categorías analíticas de la «Harvard Business School». Aun a riesgo de que pueda parecer una cita ajena, deslocalizada e incompleta, juega el papel de un *desiderátum*: “Hechos y datos”. Solo eso o, precisamente por ello, ¿qué comentarios merecen dichos términos tal vez ampulosos o excesivamente reduccionistas a la hora de abarcar una complejidad —la que persigue cualquier etnografía— que posiblemente suele ser inabarcable en su totalidad? A pesar del interrogante que figura en el título de este apartado suele pretenderse que, conocidos ambos extremos, se dispondría ya de la información suficiente para analizar una cuestión dada.

Los hechos en torno a cualquier investigación, o sobre la visión de un fenómeno o acontecimiento —y en este apartado omitiremos las limitaciones sobre su aprehensión, que desarrollaremos en los siguientes—, deberían considerarse, en la mayoría de los casos, incompletos y circunstanciales. Incompletos en la medida en que cualquier recopilación de información estaría limitada por el grado y la profundidad del acceso a unas fuentes cuya complejidad no puede pretenderse accesible en su totalidad, y circunstanciales en tanto en cuanto su conocimiento y acopio no dejaría de estar limitado por un contexto de oportunidad de acceso a una información, siempre parcial, por imposibilidad metodológica y manifiesta de alcanzar su totalidad.

Dentro del ámbito de la Antropología Médica —en el que nos planteamos múltiples interrogantes e intentos de conocimiento sobre la complejidad de su universo de representaciones y significados— no podemos por menos que trasladar esas limitaciones para el conocimiento de los hechos, abriendo una licencia textual y contextual, a la relación médico-enfermo, relación interpersonal que falazmente se pretende objetivante (Laín, 238-239). Con ello nos referimos al problemático conocimiento de la totalidad de los hechos que componen la complejidad de una dolencia, una dependencia en este caso particular,² sobre

² Con esta cita entramos de lleno en el apartado de las autoetnografías médicas, particularizadas en este caso en el ámbito de las drogodependencias (dependencia del alcohol, concretamente).

la que tendríamos que plantear qué parte de la misma corresponde también al propio desconocimiento de su presencia, o de sus incipientes manifestaciones, por parte del sujeto doliente. Información en ocasiones no reclamada, posiblemente por carencia profesional o relacional, por parte del terapeuta. Los silencios de las personas que acuden a sesiones de psicología o psiquiatría —particularizando solo estos posibles ámbitos de tratamiento—, en relación a determinados hechos que podrían ser de indudable ayuda en la formulación de la etiología en trastornos “psi”, o la falta de indagación terapéutica para ir más allá de lo referido en primera instancia por el propio sujeto doliente, constituyen una de las mayores barreras en el conocimiento de las bases de cualquier patología de esa índole, especialmente cuando involucran ciertos aspectos sintomáticos relevantes, cuya existencia solo conoce y experimenta el paciente.

¿Cabe hacer una lectura lineal y acrítica de las autoetnografías, como técnica de investigación antropológica? ¿Qué hechos destacaría su autoría, dentro de esas características de máxima implicación, y cuáles puede “olvidar” al acercarnos a campos estigmatizantes, cual es el caso del que partimos, que individualizamos en el propio autor del trabajo? (Goffman, 130-133).

Lo manifestado hasta este punto concierne principalmente a los “hechos”. Trasladando el foco de atención al apartado de los “datos”, aún dentro de una investigación social mayoritariamente cualitativa, entendemos que sería metodológicamente adecuado que la forma de abordar los mismos lo fuera desde una visión multidisciplinar, es decir, tomándolos como parcialmente ilustrativos de un fenómeno que no agota las posibilidades de establecer vínculos de causa-efecto, ni pretender una exhaustividad, siempre incompleta, que abarcaría la totalidad de datos que pudieran documentar cualquier fenómeno o material de estudio.

La estructura previa de cualquiera trabajo cuantitativo puede determinar significativamente la lectura de sus resultados (Cea, 2001). Por esa misma razón conviene no olvidar que dicha estructura debe incluir una previa visión holística de cuantos elementos puedan tener un peso mínimamente explicativo, aun aceptando la limitación manifiesta de poder alcanzar todos los datos y hechos necesarios. Con esa alusión al holismo nos referimos a la necesidad epistemológica de considerar cuantitativamente otros elementos, exhaustivamente si cabe, incluso aquellos ajenos en una primera percepción al tema investigado, pero relevantes, pese a dicha singularidad, para la finalidad que consiste en obtener una visión global de la investigación.

Aunque reiteraremos estos interrogantes en los siguientes apartados, aquí planteamos un par de preguntas que tal vez puedan despertar cierta incomodidad al intentar una respuesta:

a) ¿qué criterios de necesidad cuantitativa establece el investigador como elementos de apoyo a su propia narrativa? y b) ¿puede sesgar las conclusiones del proceso de investigación, el criterio de selección previa de los elementos cuantitativos? En realidad, estamos introduciendo unos interrogantes que podrían considerarse elementales en cualquier tratado de investigación cuantitativa en el ámbito general de las ciencias, incluidas las sociales, aun cuando al peso de lo cuantitativo, en concreto para la Antropología Social, se le concede un valor siempre relativo, y hasta cierto punto embarazoso, por la primacía que se asigna a lo cualitativo en sus aproximaciones metodológicas.

Añadíamos la mención “¿solamente?” en el título que encabeza este apartado: ¿solo hechos y datos? Estos elementos no tendrían validez epistemológica sin el añadido de sus significados y, en su propia textura factorial, la pertinencia de sus significantes. Una autoetnografía cuenta —de hecho, forma parte de su propia naturaleza narrativa— con abundantes elementos personales, incluso en ocasiones ocupando una posición central, que matizan los datos y los hechos externos: nos referimos a las interpretaciones autorales que, al aplicarse íntimamente en la trama narrativa de las autoetnografías, no solo conciernen a visiones subjetivas, sino que pueden tender a justificar ciertas vicisitudes y comportamientos. De este último término hablaremos en los siguientes apartados.

¿QUÉ SIGNIFICA OBJETIVIDAD EN UN CONTEXTO AUTOETNOGRÁFICO?

La concreción de un hecho o de un dato en una definición o enunciado que pueda ser compartido por un conjunto heterogéneo de actores-observadores, podría considerarse una tarea ardua y difícil de culminar. La posibilidad de objetividad externa —aquella que se refiere a hechos, datos, acontecimientos o percepciones los cuales, siendo exteriores al sujeto que las formula, se sitúan también aparentemente fuera de cualquier ámbito relacional con dicho sujeto— debería ser objeto de una especial exigencia de validez a la hora de cualquier juicio de valor acerca de la correspondencia entre lo interpretado y su interpretación, intentando evitar cualquier riesgo etnocéntrico (Velasco y Díaz de Rada, 77-82) o autocéntrico, si se nos permite el neologismo. Los filtros cognitivos que se desencadenen en el proceso de recogida de datos y durante su interpretación, estarán posiblemente sujetos a la subjetividad inherente a cualquier individuo que trata de construir conocimiento dentro de un determinado periodo temporal y de un contexto cultural concreto, al margen de cuál sea la materia objeto de investigación o del grado de implicación personal (Berger y Luckmann, 133-145).

En la interpretación kantiana, sujeto y objeto (o ente, definido en términos más generalistas) no mantienen posiciones incompatibles. Ambos se autodefinen en relación al "otro", siendo la realidad fruto de la percepción. Incluso, en un ejercicio que hoy nos podría parecer cercano al etnocentrismo, Kant afirma que la realidad la define el sujeto que observa, siendo inexistente en ausencia del mismo. Discutible, pero kantiano; cabe, sin embargo, darle al razonamiento una dimensión más de conceptualización de una realidad que de "certificado" de una existencia ya que pensamos que cualquier entidad existiría al margen de su observación o medición (p.e.: el bosón de Higgs existía ya antes —en realidad desde las primeras fases del espacio-tiempo— de la confirmación empírica de su existencia en 2012). No pensamos que una entidad física, incluso si esta se tratara de un fenómeno intangible, inicie su existencia cuando ocurre su primer atisbamiento. Lo que parece de innegable veracidad sería la cita kantiana de que los objetos dependen de los contenidos de nuestra conciencia —de su estructura cognitiva, hoy añadiríamos— y de sus esquemas conceptuales (Kant, 164). En cualquier caso, este autor antecede a Berger y Luckmann, citados en el párrafo anterior, en un contexto de relativismo cultural.

Pensamos que no deberíamos extendernos más en esta reflexión acerca del concepto de realidad, sobre el que ya está planteada una dilatada producción filosófica y conceptual. Somos de la opinión, volviendo al objeto principal de este trabajo, de que en cualquier etnografía existe un amplio consenso sobre la carga personal que subyace en sus planteamientos, interpretaciones y conclusiones: el ya citado sesgo de autoría (Geertz, 155-156). Si ello es cierto, y así lo compartimos, dicho condicionante debería resultar bastante más acusado en una autoetnografía por razones evidentes: en dicha categoría de narrativas no solo se relata en primera persona, sino que se narran experiencias y posiciones vitales que conciernen al propio ser autoral. Esta particularidad —especialmente en estudios que conciernen a la Antropología Médica y en nuestro caso al ámbito de las drogodependencias— abre un abanico de filtros empíricos cuyo impacto podría desbordar a las propias Ciencias Sociales —como se reconoce en más de un texto que profundice en las etnografías— y, asimismo, pone el acento sobre las incertidumbres potencialmente derivadas de dichos posos subjetivos y de sus eventuales impactos sobre la objetividad de los trabajos autoetnográficos (Geertz, 20).

EMPIRISMO Y AUTOETNOGRAFÍAS

Lo apuntado en las líneas finales del apartado anterior debe también entenderse dentro del trasfondo de la autoría personal en la tesis doctoral comentada, tesis que incide en la dependencia del alcohol y en sus procesos de deshabitación, tanto en otras personas (informantes u observados) como personales (en el propio autor), conllevando un entorno que podría calificarse de “desnudez” autoral, presente en un ámbito que se ha venido categorizando como de “identidad deteriorada”, circunstancia que difícilmente se plantea sin alguna clarificación etiológica o causal (Goffman: 87-97). En el tipo de autoetnografías que acabamos de definir ¿cabe preguntarse sobre el alcance del empirismo, o más bien deberíamos considerar, a nivel del investigador, una tensión latente y continuada entre visiones Emic y Etic, que construyen un empirismo dual confrontado aunque potencialmente integrable?³

La decisión autoetnográfica, es decir, la voluntad de realizar un estudio antropológico sobre ciertas características del propio sujeto que investiga, cuenta con varios “considerandos” previos que el autor habrá meditado antes de optar por una narración *self*: nos referimos a determinadas premisas que incluyen aspectos de identidad personal y de sus posibles impactos, no precisamente positivos, en ámbitos sociales, familiares y profesionales.

La interrogación sobre la pertinencia de tal grado de confidencias públicas no debería considerarse irrelevante. De igual manera que ciertas orientaciones sexuales, hasta mediados del siglo pasado, solían ser referidas de forma reservadas,⁴ la alusión a una potencial drogodependencia puede comprometer el desenvolvimiento profesional y deteriorar la imagen social y familiar, conllevando riesgos evidentes de marginalidad para quien la reconoce en sí mismo. Hacer pública tal característica biográfica puede representar un cierto freno al empirismo deseable, en la medida en que los datos suministrados (Goffman, 118-130) pueden reflejar una realidad incómoda, incluso, para el propio autor. Preguntándonos sobre la razón metodológica de dicha forma de producción científica y de su oportunidad, tal vez llegaríamos a la conclusión de que la producción autoetnográfica, en ámbitos sensibles y marginales como son las drogodependencias, solo puede darse cuando se presentan unas condiciones contextuales y biográficas que permiten su aparición en público sin graves riesgos socio-económicos, ni costes personales, para su autor. En este aspecto no es raro encontrarse con que dicha decisión autoetnográfica solo se produce cuando el impacto es

³ Nos referimos a que una doble comprensión, según los planos observacional y autoexperimental, no necesariamente deben ser antagónicos e imposibles de integrar en una síntesis fiable.

⁴ Tan ocultadas que el propio Goffman pasa de puntillas sobre ellas en su obra, censada en la Bibliografía, que fue publicada en EE.UU. en 1963.

nulo o irrelevante en ámbitos personales, profesionales y familiares.⁵ La ausencia de preocupaciones en los sentidos apuntados liberaría a los autores de autoetnografías de ciertas tentaciones de autocensura, que podrían llegar incluso a la “no publicación” al considerar demasiado serios los riesgos que hemos planteado.

El mundo personal y su percepción de la realidad puede construir un paradigma (Kuhn, 80-91) conceptual —personal, en nuestro contexto particular de estudio— en el que se postulen o invaliden una serie de afirmaciones, estilos de vida y aconteceres, especialmente cuando quedan evidenciados sus significados últimos. Un paradigma personal narra también a través de la visión particular de una realidad aprehendida y experimentada a través de una visión Emic,⁶ a la que habrá que añadir y contrastar la correspondiente relectura Etic por parte del mismo investigador. Ello se dará a través de una capacidad abstractiva que se corresponda, personal y profesionalmente, con el imperativo de objetividad necesario para poder afirmar que la construcción del relato etnográfico, idealmente, se apoyará en datos empíricos, contrastables externamente y falsables (Popper, 39-42), hasta donde estos conceptos puedan ser de aplicación pertinente en Antropología Social.

¿LITERATURA COMO ENSAYO ETNOGRÁFICO O VICEVERSA?

Parafraseando a McLuhan,⁷ podríamos decir que el estilo, en ciertas literaturas y narrativas, puede constituir el tema de fondo de la propia creación. Incluso un determinado estilo puede ayudar a dar una pátina de calidez a ciertas narraciones, las cuales —particularizando hacia el ámbito de las drogodependencias— caen de lleno, por su propia naturaleza marginante y marginal, en narrativas que pueden ser penosas e incluso dramáticas.

Cuando se define el “yo testifical” (Geertz, 83-86), al glosar en el texto citado la obra más conocida de Malinowsky, se está señalando posiblemente algo banal atendiendo al lirismo de ciertos pasajes de ese autor y en los que ese “yo” es condición necesaria para convocar ese lirismo. Este “yo”, en el caso de una etnografía, es simplemente la plasmación de una presencia ineludible para que sea posible el trabajo de campo. Pero ¿habla Geertz solo

⁵ Malcolm Lowry —por citar, a título de ejemplo, solo a uno de los escritores que describió ampliamente su dependencia del alcohol en su producción literaria— difícilmente habría publicado buena parte de sus obras si hubiera compartido su creación literaria con una tarea profesional cuyo cometido se considerara incompatible con el alcoholismo. En cualquier caso, habría tenido que optar.

⁶ Nos referimos al proceso de producción de una autoetnografía bajo dichas condiciones.

⁷ McLuhan, Marshall (1911-1980). Académico canadiense que trabajó en la teoría de la comunicación dentro de lo que definió como “aldea global”, describiendo los medios masivos e interconectados de comunicación actual y sus consecuencias sociales y personales. Su obra más conocida es «The Gutenberg Galaxy» (1962).

de esa función, quizá banal, o está aludiendo a particularismos autorales, donde el empirismo y el objetivismo quedan envueltos dentro de una interpretación personal, tal vez irrepetible?

En la introducción a la obra “El antropólogo como autor” (Geertz, 11) se mencionan una serie de condicionantes redaccionales más bien en la vertiente autoral, cuando alude a «textos saturados de autoría» (Geertz, 19), que en la estrictamente etnográfica. Nos inclinamos a pensar que en dicha introducción su autor añade otros filtros a los ya anunciados anteriormente, cuando se analizaba la pretensión de extraer un objetivismo mínimo de una producción autoetnográfica .

Al analizar ciertas afirmaciones de Geertz en su obra citada, nos preguntamos si el afán de convencer con un texto literariamente seductor equivale a plantear hipótesis razonables y contrastables y, a través de ellas, narrar hechos objetivamente fiables; más aún, en este caso, cuando la obra es “biográfica” y en ella se destaca un aspecto marginalizante de quien la redacta, y en la que hemos de presumir un sincero esfuerzo, o al menos una deseada intención, para reflejar todos los hechos relevantes sin olvidos intencionados (Geertz, 15-16). Nos parece evidente que Geertz no agota todas las vicisitudes de un antropólogo como autor. Al menos no contempla el aspecto de escribir sobre un yo autoral socialmente deteriorado.

Las narrativas autoetnográficas suelen contener un acervo importante de intimidades del propio etnógrafo. También podrían ser depositarias de un deseo implícito, consciente o inconsciente: el de desarrollar una justificación o empeño, intentando una explicación a ciertos destalles oscuros de una biografía, cuando ellos se pueden considerar, explícita y potencialmente, como marginantes (Esteve, 2012). La dependencia del alcohol, sin embargo, y aun siendo la drogodependencia con un mayor impacto en daños sociales, suele ser una patología que tiende a diluirse y “disculparse”, con frecuencia en las sociedades occidentales, aunque no exclusivamente en ellas, debido a la presencia de un hábito social ampliamente aceptado de consumo de bebidas espirituosas (Goffman, 76). La “alcoholización” de ciertas sociedades, como crítica a ese modelo, es un concepto sobre el que existe una incisiva producción antropológica (Menéndez, 1996:12-17), especialmente documentada allí donde, además, existen datos fiables sobre consumos *per cápita* y una elevada incidencia de mortalidad atribuible al abuso crónico del alcohol.

Pese a esta “disculpa”, o posible disimulo, cabe preguntarse sobre la salvaguardia de la imagen social del autor, en la medida en que es él quien dispone de los elementos para reconocer y decidir sobre el afloramiento público de dicha dependencia, aunque en su “defensa” pueda referir y enfatizar su esfuerzo en superarla. Este discurso, que puede

convertirse en una aventura arriesgada para afrontar oportunidades y reconocimientos personales consecuencia de una “correcta” imagen social (Goffman, 122), puede también leerse y presentarse bajo forma de “redención” o mérito social, como ya hemos citado. Las narrativas argumentales de la investigación y la elocuencia probatoria, deudora de determinados estilos narrativos (Geertz, 148-150), pueden añadir a la etnografía una dimensión ejemplarizante, más allá de la oportunidad y necesidad de ello, en un contexto que primariamente solo pretendería la producción de conocimiento.

Nos parece que, en cualquier caso y dentro de la producción de autoetnografías como las que comentamos, deberíamos esperar una frecuente presencia de información significativa y genuinamente necesaria, a la vez que argumentada en su empirismo, junto con elementos personales que, pese a ser presentados como una información más, tenderían a mostrar el itinerario terapéutico y personal del autor. Dicha argumentación, que puede ser paralela y vindicativa de la validez social de dicho itinerario, no debería quedar sin la posibilidad de ser utilizada como elemento de reflexión dentro de programas sociales destinados a personas e instituciones que afrontan y promueven procesos similares.

¿DÓNDE RESIDE LA IDEOLOGÍA?

La Antropología, como cualquier otra ciencia social, no ha sido ajena a ciertas orientaciones ideológicas, sujetas a visiones culturales parciales y a determinadas tendencias políticas de un tiempo dado. Si repasamos las comunicaciones presentadas a eventos recientes en ese ámbito del conocimiento, observaremos que las materias actualmente hegemónicas en la antropología, al menos en el ámbito iberoamericano, gravitan de preferencia alrededor de dos áreas “macro”: los procesos étnicos o identitarios y las problemáticas de género —o del cuerpo, en una visión tal vez metonímica de dicha categoría—. Las crisis identitarias derivadas de la creciente mundialización y la primacía social y política de las temáticas de género darían en parte razón de ser a la primogenitura de dichas áreas temáticas (son los sesgos a los que nos hemos referido en la Introducción). La Antropología Médica, en especial, nos parece que dedica una gran parte de su producción a una visión de los géneros que entendemos parcial, dentro de un ejercicio algo distante del concepto holístico que debería informar, no solo dicho ámbito temático, sino la entera concepción de la diversidad humana y de sus problemáticas. Abogamos, en este sentido, por una conceptualización temática que abarcara todos los contenidos formalmente incluidos en la categoría “género”. Quizá, *sensu stricto*, no podemos categorizar como ideología tal hegemonía temática, pero nos permitimos anotar el posible sesgo de prioridad temática que

ello pueda representar dentro de los procesos de producción de conocimiento. Nos parece que la Antropología Social y Cultural debería pretender un adecuado balance entre particularismo y universalidad —y diversidad en cualquier ámbito— aun aceptando el matiz de ciertas opiniones académicas que postulan la dificultad extrema de investigaciones que se pretendan voluntariosamente generalistas (Velasco y Díaz de Rada, 77-82).

Pensamos que cualquier autor de un trabajo que pretenda la etiqueta de investigación, convendría tal vez que fuera consciente de aquellos sesgos ideológicos que pueden condicionar tanto el desarrollo del proceso exploratorio como la creación de significados y las conclusiones que se obtengan. El etnocentrismo —del cual el egocentrismo sería un caso particular— y los particularismos, conceptos ambos potencialmente ambivalentes aun en su acepción más amplia, plantean riesgos de reduccionismo y exclusivismo temático sobre los trabajos de investigación social.

«De la casi imposibilidad de pensar lo ideológico...»⁸ o «...gran parte de las tendencias antropológicas analizan los procesos culturales sin incluir la dimensión ideológica.» (Menéndez, 2002:159-160) constituyen dos consideraciones que ilustran la permanente tentación de elaborar reflexiones etnográficas que parten de un esquema cultural reduccionista o parcial. En nuestra opinión no es extraña la existencia de una radical dificultad en situarse a salvo de tales derivas, que pueden asentarse en nuestras interpretaciones o formas de ver una realidad determinada y entre las que el sesgo ideológico podría representar un serio condicionante.

La presencia de eventuales *doxas*, por contraposición a las *epistemes*, en torno a una lectura social de ciertos comportamientos humanos —en este caso sobre dependencia de sustancias que se diluyen en hábitos sociales ampliamente aceptados, como ya hemos mencionado—, pueden introducir filtros ideológicos y actitudinales opuestos a la crítica razonada de ciertas rutinas de consumo. Ello puede darse aun tratando de explorar razonables vías de actuación, como son la reducción de riesgos y daños, visión terapéutica posibilista que aborda social y terapéuticamente la realidad y consecuencias del abuso de sustancias psicoactivas. En el caso de la dependencia del alcohol —en cualquier franja de edad de la población— no es raro hallar actitudes tolerantes o indiferentes frente a la misma, olvidando la severidad de los daños personales y, especialmente, el serio y visible impacto social de sus consecuencias.

Una lectura superficial e ideológica de una autoetnografía como la referida —situándonos ahora en el otro lado del proceso de conocimiento, es decir, en el del receptor de una

⁸ Nos permitimos plantear también, *mutatis mutandis*, la imposibilidad ideológica —en casos de exclusión de otras visiones— de trabajar la objetividad.

autoetnografía donde se plantea la necesaria superación de una drogodependencia— puede generar procesos de rechazo, tanto hacia el autor como sobre las conclusiones de su trabajo. No es raro encontrar posiciones sociales defensivas, deudoras del concepto de “control social” (Foucault, 2012), cuyo componente ideológico de fondo creemos pertinente plantear. Las barreras ideológicas aludidas pueden introducir elementos sensibles en el proceso de “recepción” o aceptación de dichos trabajos en los que se incide sobre hábitos nocivos ampliamente extendidos, pese a la matización, no siempre objetivamente digerida a causa de la presencia de dichos filtros ideológicos, de que los riesgos se refieren a consumos excesivos y, en el límite, crónicos. Pensamos que las reflexiones preventivas vertidas en un trabajo serio sobre drogodependencias, pese a que en demasiadas ocasiones su calado social resulta difícil, son en cualquier caso pertinentes. Constituyen un necesario ejercicio reflexivo y de responsabilidad personal sobre el impacto social de ciertas actuaciones individuales discutibles (Menéndez, 2002: 336-345).

En definitiva, y en el ámbito de la investigación en Ciencias Sociales, las potenciales derivas ideológicas pueden tener un doble riesgo, tanto situacional como reduccionista, implicando básicamente enfoques sesgados que podrían estar presentes tanto en una excesiva subjetividad autoral como en la evidencia de interpretaciones particulares por parte de eventuales lectores. Las posibles barreras de comprensión ideológica pueden actuar, en ambos casos, condicionando tanto la calidad de las observaciones, y su elaboración narrativa, como los enjuiciamientos que reciban ciertos trabajos de investigación socialmente sensibles.

CONSIDERACIONES ADICIONALES Y CONCLUSIONES

Somos de la opinión de que un proceso de investigación en Ciencias Sociales debería tender, entre otros propósitos, a plantear elementos y presentar datos cualitativos y cuantitativos que permitan, dentro de sus particularismos necesarios, una razonable y razonada generalización, aun cuando sea parcial, de los resultados observacionales y de sus conclusiones. Los universos específicos que suele tratar la Antropología Social no deberían plantear una barrera, a veces difícil de salvar, que impida a dichos elementos particulares su transcripción hacia ámbitos más universales. En esa eventual tensión epistemológica encontraríamos la diferenciación entre una autoetnografía, como práctica antropológica ciertamente particular, pero con cierta vocación universal, y una biografía como género literario genuinamente *ad personam*.

En ciertos casos concretos del ámbito de la Antropología Médica, donde incluimos la experiencia que ha dado base al presente artículo, la autoetnografía significa una descripción

de percepciones y experiencias, habitualmente sobre una problemática historia personal, donde suele ponerse en tensión una serie de mecanismos cognitivos que tienen que ver principalmente con la privacidad de lo narrado y, singularmente, con la notoriedad y publicidad de elementos descriptivos de una personalidad y de un modo de vida que pueden ser, ocasionalmente, estigmatizantes y marginalizantes. En el ámbito de las drogodependencias ello se encuentra, de forma permanente, sobre el pupitre de trabajo del etnógrafo, mayormente cuando éste narra una experiencia estrictamente personal.

En este punto de las conclusiones podríamos preguntarnos si cabe la autoetnografía en el catálogo de una eventual categoría de investigación objetiva. Este interrogante lo dejaremos abierto, ya que entendemos difícil encontrarle respuesta e incluso algunas de sus posibles podría interpretarse en clave de explícita negación metodológica o epistemológica.

A lo largo de las páginas anteriores hemos pretendido mostrar una amalgama de elementos a considerar cuando se pretende enjuiciar epistemológicamente la variante autoetnográfica de una prospección antropológica. A pesar de que se han considerado elementos horizontales, hemos insistido con cierta reiteración en la dificultad que representa generalizar la pertinencia epistemológica del género autoetnográfico en el contexto del estudio de las drogodependencias y, más en concreto, en el ámbito de la dependencia del alcohol. Este último elemento, por sí mismo, ya introduciría una serie de interrogantes particulares acerca de la idoneidad de una redacción enteramente *self*, al describir en profundidad un proceso autoral de deshabitación de sustancias.

La metodología inductiva, presente en la mayoría de los estudios antropológicos, no debería constituir una barrera de veracidad ni de extrañeza al generar la universalización de ciertas situaciones y conclusiones. La necesaria redacción en primera persona, asimismo, no puede interpretarse ni como un soliloquio ni como sustitutiva de otras formas de abordar narrativas vivenciales. Los dos puntos anteriores caracterizan tal vez dos de las particularidades más sobresalientes de las autoetnografías, donde el etnógrafo, en su acepción Etic, está precisamente allí (Geertz, 11-34) para recoger las otras voces, aunque paradójicamente ello se produzca a través de enfoques simultáneamente Emic. La visión global y coral del universo de individualidades que aparecen en cualquier etnografía, aunque sea en un formato radicalmente personal como el autoetnográfico, debería ofrecer una visión global, con vocación generalista, de una realidad concreta que desborda la individualidad de la autoría.

Pensamos que los elementos limitativos que gravitan sobre la objetividad de una creación autoetnográfica, señalan ciertas debilidades epistemológicas, tal vez inevitables, en

esa técnica antropológica. El relativismo cultural ampliamente comentado, dentro de una evocación gramsciana en una de las obras citadas (Menéndez, 2002:170-171), los criterios de verdad que este autor menciona («verdad variable» según contextos) citando a Winch⁹ y el riesgo de la excesiva presencia del autor con su carga ideológica y existencial —el «yo testifical» (Geertz, 108)—, pueden acompañar dicha presencia y representar, a nuestro juicio, dudas razonables al juzgar la fiabilidad de ciertas premisas y conclusiones. Todo lo expuesto, en definitiva, también podría considerarse como un riesgo potencial de cada trabajo etnográfico si bien en el subgénero autoetnográfico, descrito reiteradamente, es manifiestamente más probable que las dudas anteriormente señaladas constituyan un lastre de veracidad al limitar, para una determinada franja de la comunidad interpretativa, la independencia del sujeto que siendo autor es también “deudor” de situaciones contextualmente estigmatizantes (Goffman, 2008).¹⁰

La tentación solipsista, en el sentido de deslizar una narrativa autobiográfica en un trabajo etnográfico, estaría presente en mayor o menor grado en el método autoetnográfico, pero deberíamos considerar y desear, conjurando un subjetivismo epistemológicamente limitante, que cualquier etnografía personal presentará un mayor valor empírico en tanto en cuanto, de su visión particular, se infiera otra más general que trascienda al etnógrafo como sujeto principal de la investigación.

Barcelona/Eivissa, mayo de 2016.

BIBLIOGRAFÍA

Berger, Peter L.; Luckmann, Thomas (2008) *La construcción social de la realidad*. Amorrortu. Buenos Aires.

⁹ Winch, Peter G. (1926-1997). Filósofo británico que trabajó ampliamente sobre la Filosofía de las Ciencias Sociales.

¹⁰ Tanto en la obra de Kuhn como en la de Berger & Luckmann, citadas en la Bibliografía, encontraremos la “vinculación” de un autor escribiendo dentro del paradigma de una sociedad determinada.

- Cea, M^a Angeles (2001) *Metodología Cuantitativa. Estrategias y Técnicas en Investigación Social*. Síntesis. Madrid.
- Esteve, Jaume (2012) *Estigma y excusa*. TFM del Máster de Antropología Médica y Salud Internacional. Universitat Rovira i Virgili. Tarragona.
- (2013) *La dependencia del alcohol: una comparación crítica sobre su tratamiento desde modelos biomédicos y espiritualistas*. Tesis doctoral. Universitat Rovira i Virgili. Tarragona.
- Foucault, Michel (2012): *Vigilar y Castigar*. Siglo XXI. Madrid
- Geertz, Clifford (1989) *El antropólogo como autor*. Paidós. Barcelona
- Goffman, Erving (2008) *Estigma*. Amorrortu. Buenos Aires. Madrid.
- Kant, Immanuel (1967) *Crítica de la razón pura*. Losada. Buenos Aires.
- Kuhn, Thomas S. (1986) *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica. Madrid.
- Laín, Pedro (1983) *La relación médico-enfermo*. Alianza Universidad. Madrid.
- Menéndez, Eduardo L. (2002) *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*. Ediciones Bellaterra. Barcelona.
- (1996) *Morir de alcohol*. Alianza. México D.F.
- Popper, Karl (1985) *La lógica de la investigación científica*. Tecnos. Madrid.
- Velasco, Honorio; Díaz de Rada, Ángel (1997) *La lógica de la investigación etnográfica*. Ed. Trotta. Madrid.